



EL PAPA Y LA ACCIÓN CATÓLICA



www.accioncatolica.org.ar

MENSAJE DEL SANTO PADRE A LOS ASISTENTES DE LA ACCION CATOLICA ITALIANA

¡Queridísimos asistentes de la Acción Católica Italiana!

1. Estoy contento de saludaros en esta ocasión, que os ve reunidos en Roma para el Congreso nacional sobre el tema: “Hacer nueva la Acción Católica en la Parroquia”. Dirijo un particular saludo al Asistente General, Mons. Francesco Lambiasi y a la Presidenta Nacional, Dra. Paola Bignardi.

Vosotros estáis reflexionando en estos días, acerca de cómo la Acción Católica puede contribuir, en el inicio del nuevo milenio, a rediseñar el rostro de la parroquia, estructura base del cuerpo eclesial. La experiencia bimilenaria del Pueblo de Dios, como ha sido por otra parte dicho con autoridad por el Concilio Vaticano II y por el Código de Derecho Canónico, enseña que la Iglesia no puede renunciar a estructurarse en parroquias, comunidades de creyentes radicados en el territorio y ligadas entre ellas alrededor del Obispo en la red de comunión diocesana. La parroquia es la “casa de la comunidad cristiana” a la cual se pertenece por la gracia del santo Bautismo; es la “escuela de santidad” para todos los cristianos, también para aquellos que no adhieren a determinados movimientos eclesiales o no cultivan espiritualidades particulares; es el “laboratorio de la fe” en donde son transmitidos los elementos básicos de la tradición cristiana; es el lugar (gimnasio) de la formación”, donde se es educado en la fe e iniciados en la misión apostólica.

Tomando en consideración los rápidos cambios que caracterizan este inicio de milenio, es necesario que la parroquia advierta más fuerte la necesidad de vivir y testimoniar el Evangelio, entretejiendo un diálogo profundo con el territorio y con las personas que allí residen o bien transcurren una parte significativa de su tiempo, prestando particular atención a cuantos viven en necesidades materiales y espirituales y están a la espera de una palabra que los acompañe en su búsqueda de Dios.

2. La relación entre la parroquia y la Acción Católica Italiana ha sido siempre muy grande. En las comunidades parroquiales la Acción Católica ha anticipado de manera profunda y con intuición profética la actualización pastoral del Concilio y la ha acompañado a través de los años en su realización. Ha llevado a las parroquias la sensibilidad y las instancias de cuantos sienten, en las fatigas del vivir de cada día, los reflejos de aquel cambio que toca en diversos modos a cada persona, antes todavía que a las comunidades, y afecta a los ambientes de vida antes que a la organización pastoral. Mucho falta todavía por hacer. A cuarenta años de su inicio, el Vaticano II continúa siendo “una brújula segura” para orientar la navegación de la barca de Pedro (cf NMI, 57) y los documentos conciliares representan

“la puerta santa” que toda comunidad parroquial debe atravesar para entrar no sólo cronológicamente sino sobre todo espiritualmente en el tercer milenio de la era cristiana.

Estoy convencido que la Acción Católica no hará faltar a la impostergable obra de renovación de las parroquias el aporte de un cotidiano testimonio de comunión; estará dispuesta a prestar el propio servicio en la formación de laicos maduros en la fe, llevando a todos los ambientes el ardor apostólico de la misión. Una espiritualidad de comunión, vivida con el Obispo y con la Iglesia local: ésta es la contribución que la Acción Católica Italiana puede dar a la comunidad cristiana. Con este propósito me complace recordar cuanto escribía en la carta apostólica *Novo millennio ineunte*: Antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forman el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. Espiritualidad de comunión significa, ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado” (NMI, n. 43).

3. Sólo una Acción Católica renovada puede contribuir a renovar la parroquia. Acompañad por eso, queridos asistentes, a la Asociación en el camino de renovación lúcidamente proyectado y valientemente emprendido por la última Asamblea nacional. Sostened con vuestro ministerio presbiteral, para que el “coraje (osadía, valor) del futuro” y la “fantasía de la santidad”, que el Espíritu del Señor no hará ciertamente faltar a los responsables y a los socios, la hagan siempre más fiel al propio mandato misionero.

Os exhorto a contribuir, con la fecundidad de vuestro ministerio sacerdotal, a la promoción de una extensa y profunda obra educativa, que favorezca el encuentro entre la frescura del Evangelio y la vida frecuentemente insatisfecha e inquieta de muchas personas. Para esto es necesario asegurar en la Asociación, responsables, educadores y animadores bien formados, y suscitar figuras laicas capaces de fuertes acciones apostólicas, que realicen en todo ambiente el anuncio del Evangelio. De tal modo, la Acción Católica podrá re-expresar el propio carisma de Asociación elegida y promovida por los obispos, mediante una colaboración directa y orgánica con su ministerio para la Evangelización del mundo a través de la formación y la santificación de sus propios adherentes. (cf. Art. 2 Estatuto)

En ocasión de la XI Asamblea nacional de vuestra Asociación, he tenido oportunidad de subrayar como una auténtica renovación de la Acción Católica, sea posible mediante “la humilde audacia” de poner la mirada sobre Cristo, que hace nuevas todas las cosas. Sólo mantenido los ojos dirigidos hacia El, se está en grado de distinguir aquello que es necesario de cuanto en cambio no lo es. A vosotros pido asumir primeramente esta mirada contemplativa, para dar testimonio de la novedad de vida que brota a nivel personal y comunitario. La indispensable renovación estructural y organizativa será el resultado de una singular “aventura del Espíritu”, que comporta la conversión interior y radical de las personas y de las asociaciones a los distintos niveles: parroquial, diocesano y nacional.

4. Poned, queridos, al servicio de este trabajo formativo y misionero, vuestras mejores energías; la sapiencia del discernimiento espiritual, la santidad de la vida, las varias competencias teológicas y pastorales, la familiaridad de relaciones simples y auténticas.

En las asociaciones diocesanas y parroquiales sed padre y hermanos capaces de alentar, de suscitar el deseo de una existencia evangélica, de sostener en las dificultades de la vida a los niños, los jóvenes, los adultos, las familias y los ancianos. Apreciad especialmente la educación de personalidades cristianas fuertes y libres, sabias y humildes, en grado de promover una cultura de la vida, de la justicia y del bien común.

El Papa os está cercano y os alienta a no perder el ánimo, sobre todo cuando, debiendo contemporizar el servicio de Asistente con otras tareas diocesanas, experimentáis la fatiga y la complejidad de tal ministerio. Estad seguros: el ser Asistentes de la Acción Católica, justamente por la particular relación de corresponsabilidad inserta en la experiencia misma de la Asociación, constituye una fuente de fecundidad para vuestro trabajo apostólico y para la santidad de vuestra vida.

Deseo, finalmente, aprovechar esta oportunidad para invitar a todos los sacerdotes, a “no tener miedo” de acoger en las parroquias la experiencia asociativa de la Acción Católica. En ella, efectivamente, podrán encontrar no sólo un válido y motivado sostén, sino una cercanía y una amistad espiritual, junto a la riqueza que proviene de compartir los dones espirituales de cada componente de la Comunidad.

Confío estos deseos, como también aquellos que cada uno de vosotros tiene en su corazón, a la intercesión de María, Madre de la Iglesia, e imparto de corazón a vosotros y a todos los sacerdotes, que con vosotros ejercitan el ministerio de Asistente de la Acción Católica en la Iglesia Italiana, mi Apostólica Bendición.

Vaticano, 19 de febrero de 2003

JUAN PABLO II